

EL día 13 de junio de 1901 moría Leopoldo Alas en Oviedo, suave y serenamente, con la dignidad que constituyera la honda preocupación de su espíritu en el brevísimo otoño de su vida, tan cruelmente truncada. Al sentirse, si no viejo, cerca de la vejez, o lejos de la juventud, escribía en aquella verdadera confesión de los *Cuentos morales*, estas profundas palabras: «Ya lo han dicho muchos escritores insignes: el lado moral de la vida preocupa al hombre amigo de pensar, más que cuando la vida empieza o está en su florecimiento, cuando nos vamos haciendo ricos de experiencia del mundo para aprender a dejarlo dignamente; los jóvenes no saben lo que deben hacer y a los viejos, los que ya saben algo de la vida, lo que más les importa es saber morir».

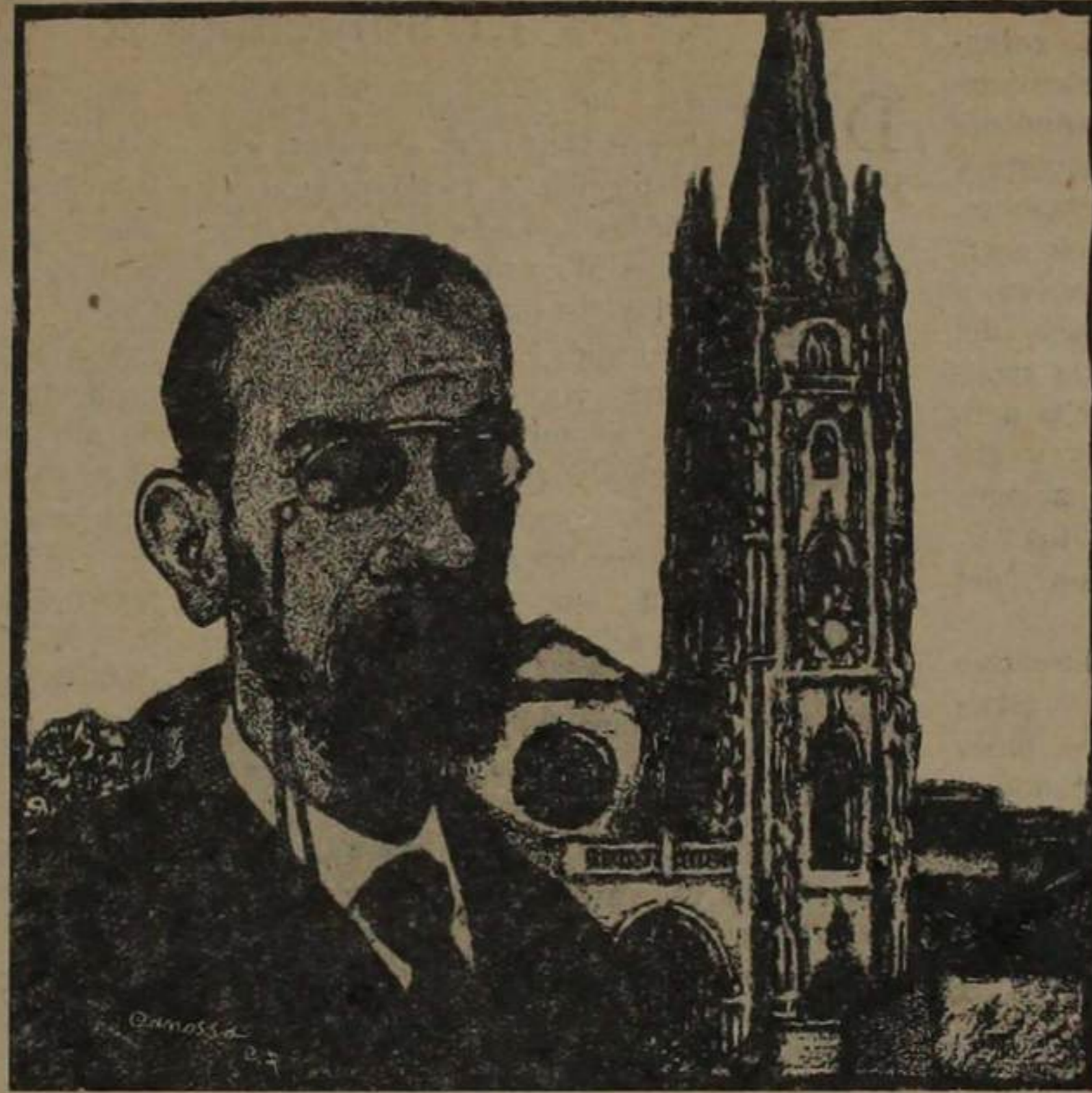
Y a fe que *Clarín* supo morir con la dignidad y entereza con que había vivido: cara al misterio, sin abdicar ante el misterio, que no contemplaba como un abismo. Había laborado

y había amado mucho, esclavo sólo de su propia libertad, en la faena de descubridor y de sembrador de verdades—o de ideas profesadas noblemente como verdades o como merecedoras de serlo—y la muerte le encontró prevenido.

Lo veo—¡triste recordo!—en su lecho de muerte, con su figura fina, la cabeza apoyada en la almohada, cual si le hubiera sorprendido el sueño en un momento de tranquila melancolía. Iluminaba su rostro, dormido, un gesto amable, el que se dibujara instantes hacía al concentrar la mirada ansiosa en su compañera, la espiritual compañera de sus años de trabajo, que viviera sólo para él, procurándole siempre en el hogar el ansiado refugio contra todo y contra todos. La agonía breve no había descompuesto el rostro del insuperado amigo, que así dejara la vida sin una contorsión, sin un gesto de rebeldía. Leopoldo Alas, confesando en público sus «ensueños de la idea divina», decía: «Mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte». Y aquella esperanza se había cumplido.

Impregnada el alma del influjo de *Clarín*, con el dolor intenso de uno de los más crueles desgarrones de la vida, propúseme dedicar al maestro las mejores horas de reflexión y de estudio de mis años de «*Vetusta*», entre clase y clase de su amada Universidad, en aquel pueblo del que desapareciera para mí al desaparecer Leopoldo, el más fuerte y espiritual de los atractivos. ¡Qué soledad!, me decía yo tantas veces al advertir su ausencia.

Durante veinte años, salvo quizá en las



Leopoldo Alas

vacaciones veraniegas que nos dispersaban hacia el mar o hacia el campo, pocos días habrán pasado sin que Alas y yo nos viéramos, paseando y conversando por las calles de *Vetusta*, por sus poéticos alrededores, y al pie de la hermosa Catedral que *Clarín* idealizara en *La Regenta*, vivificada espiritualmente en los días del famoso Magistral, bajo el báculo de aquel santo varón, el obispo de vida recogida y apostólica que alguna vez nos había hecho sentir, allá donde debe residir la entraña de la vida, los estremecimientos elevadores del escalofrío místico... Era el obispo aquel un gran orador sagrado, que encendía su elocuencia conmovedora con la llama de una religiosidad intensa y pura, que brotaba espontáneamente de su figura noble, de su mirada penetrante, del ademán solemne, de su amor a Dios y al prójimo.

Cuando llovía, fenómeno harto frecuente en *Vetusta*, tristonía y oscura entonces, juntábamnos con Félix de Aramburu, el ilustre penalista, y otros amigos, en el caserón del Casino, haciendo nuestro paseo y continuando siempre el diálogo a lo largo—y estrecho—del salón de baile, que *Clarín* describía pintorescamente como el interior de una mesa de noche tumbada en el suelo... En efecto, parecía que nos movíamos dentro de un gigantesco cajón largo y de escasa alfura, resonante y en ocasiones tétrico, porque naturalmente el salón sólo se iluminaba bien en los días solemnes de las fiestas sociales.

Y desde allí, en los momentos de suspensión de nuestros diálogos, por encima del golpear rítmico de nuestras pisadas, oíase a veces la voz de mando de Ronzal,

o del que ejerciera las funciones que en *La Regenta* de *Clarín* se asignan a este histórico personaje, o los choques del billar cercano, amenizados a ratos con el gritar de las disputas sobre cualquier jugada de «carambola» o «palos».

Veinte años de vivir íntimo, de una amistad sin la más leve sombra, veinte años de comunión ideal y de labor en la cátedra y en la ciudad, me habían permitido seguir paso a paso, más aún que en el estudio y el goce de los escritos, la transformación incesante, incristalizada, del espíritu de Leopoldo Alas. ¡Fuera el mayor recreo y el más fecundo entretenimiento de aquellos inolvidables días!

Los hombres superiores

Nada en verdad más atractivo y educador, por elevación, que el contemplar interesado de qué suerte se transforma y se forma, en el remover diario del propio ser y del mundo del pensar y del sentir, el espíritu genial de una de estas raras per-

sonalidades originales, «heroicas». Alas fué para mí, durante veinte años, guía y maestro, mañantial puro, cristalino, luminoso, sin estiajes; uno de los hombres verdaderamente superiores que me han dado la sensación de fuentes inagotables, hombres de juicio firme, sólido, sereno, aun en los momentos de mayor dificultad y de más rudo apasionamiento o combate.

El más alto favor que un mortal puede deber a la Providencia es que le depare la vida el trato íntimo con hombres verdaderamente superiores, moral y estéticamente superiores, en la conciencia y en el gusto, en razón de su saber, prudencia, juicio, penetración y hasta en razón de su aptitud para el estudio; hombres superiores que, además de prestarnos ayuda, impidiéndonos caer o bajar, nos eduquen en severa modestia por obra del espontáneo contraste, hombres superiores—es mi caso—como Leopoldo Alas, como D. Francisco Giner, que nos obligan a mirar alto siempre, y a los que podamos acercarnos en momentos de crisis, de desánimo, de desconcierto íntimo, de vacilación, de llamadas del prosaísmo o de tragedia espiritual, seguros de encontrar una mano cordial con el consejo o el consuelo, y si, por fortuna, sintiéramos sed, la fuente pura de agua serrana.

La filosofía de Leopoldo Alas

En el recogimiento del recuerdo del maestro perdido comencé mi labor. Quería ordenar mis datos y mis impresiones, y en la composición que me imaginaba me proponía extraer de la vida y de las obras de Leopoldo Alas lo que denominaba con toda con-